

le sus servidores, y le hallaron tendido al lado del subterráneo.

El infeliz había sucumbido ante la violencia de las emociones de que había sido víctima en aquel azaroso día.

Esta conseja ha pasado de padres á hijos, y los mismos teopixques aseguraban que el feroz jaguar, instrumento de venganza de tan horrible drama, habitaba en la cueva, y que los manes de las víctimas se presentaban ante la vista de los que se atrevían á penetrar en aquella pavorosa estancia.

Esta era la causa por la que aun los más valerosos guerreros no osaban acercarse al subterráneo que presencié la venganza del esposo ofendido.

Prosigamos ahora el curso de nuestra historia.

## CAPITULO LXXI.

### La batalla de Otumba.



HEMOS visto que Hernán Cortés, después de tomar el adoratorio del dios protector de la agricultura, convocó á sus capitanes, y en el consejo que celebraron se acordó que proseguirían la marcha.

En efecto; poco ántes de la hora señalada para la partida se despertó la tropa, que descansaba de las fatigas de la pelea, y al saber la resolución de su caudillo todos alabaron el acierto de sus propósitos.

Mandó Hernán Cortés que se dejasen cebados los fuegos para deslumbrar al enemigo.

Encargó á Diego de Orgaz la vanguardia con guías de toda su confianza.

La fuerza principal la concentró en la retaguardia, y se puso al frente de ella.

Su objeto, al obrar así, era hallarse al frente del peligro, y afianzar con su protección la seguridad de los que le formaban la vanguardia.

El ejército se puso en marcha.

El héroe de esta historia ordenó á los guías que se apartasen del camino real, para volverle á recobrar con el nuevo día.

Con estas precauciones, y en medio del mayor sigilo, caminaron poco más de media legua sin encontrar obstáculo alguno que se opusiera á sus designios.

Pero al entrar en tierra más quebrada y montañosa dieron

los batidores en una celada, que no supieron encubrir los mismos que procuraban ocultarse.

Multitud de indios bajaban de los montes y salían de las malezas, acometiendo por los costados.

Hernán Cortés no tardó en destruirlos.

Con la misma molestia caminó el ejército otras dos leguas, y poco antes de amanecer se hizo alto en otro adoratorio.

Descansaron un momento, y continuaron su expedición, perseguidos siempre por los indios, aunque á bastante distancia.

Dos leguas más adelante se descubrió un lugar, al parecer de considerable población, y Hernán Cortés le eligió para alojamiento.

Al aproximarse le encontraron completamente desierto.

En las casas hallaron abundantes víveres, que aprovecharon y instantáneamente para reparar sus fuerzas.

Dos días se detuvo allí el ejército, más que con el objeto de descansar, con el de atender al cuidado de los heridos.

Hicieron otras dos marchas los españoles, entrando en terreno de mayor aspereza y esterilidad todavía.

Al terminar estas últimas jornadas, la situación de aquellos valientes conquistadores fué desesperada.

La lluvia caía á torrentes, y no encontraban donde guarecerse.

El hambre y la sed los devoraban, y la congoja y el desaliento se pintaban en todos los semblantes.

Sin reparar en el riesgo que corrían, porque abundaban las plantas venenosas, comían con ansia las yerbas y las raíces que encontraban.

Uno de los caballos que murió aquel día sirvió para regalar el paladar de los que necesitados estaban de alimento.

Prosiguió avanzando el ejército, y no tardó en llegar á un pequeño lugar, pero de pintoresco aspecto.

Sus habitantes franquearon la entrada sin oponer la menor resistencia.

Obsequiaron á los españoles con cuantos víveres tenían y hasta acudieron á otros lugares cercanos para agasajarlos con mayor esplendidez.

Este era un nuevo ardid de que se servían para que se acercasen confiados los españoles al lazo que les tendían.

Por la mañana se dispuso el ejército para subir la cuesta que declinaba en el valle de Otumba.

Era indispensable atravesar dicho valle para tomar el camino de Tlaxcala.

Los españoles no se explicaban por qué razón los indios que venían siguiendo la expedición manifestaban en sus gestos y en sus gritos la alegría de que estaban poseídos.

Pero Marina, que iba al lado de Cortés, y que velaba siempre por el triunfo de los españoles, fijó su atención en las exclamaciones de aquellos salvajes, y oyó que decían:

—Andad, tiranos, que presto llegareis á paraje en donde no quede uno solo vivo.

La amante del caudillo le comunicó el descubrimiento que acababa de hacer.

—Cortés, esposo mío, le dijo, un terrible peligro nos amenaza. Esa alegría que demuestran los indios es porque nos aproximamos á una nueva catástrofe.

—¿En qué te fundas, mi buena Marina?

—Acabo de saber que nos tienden un lazo. Tal vez en el valle próximo encontremos fuerzas mexicanas que destruyan á tu valiente ejército.

Yo bien sé que no es posible retroceder; pero te suplico, amor mío, que evites si es posible un nuevo encuentro, que medites el partido que se debe tomar. Si tú murieras, ¿qué sería de mí? ¿Qué de nuestro desgraciado hijo?

—Tranquilízate, Marina. El cielo, que nunca nos ha abandonado, nos prestará nuevo auxilio para arrostrar los peligros que nos amenazan.

—No pierdas tiempo, Cortés; comunica à tus soldados la situación en que nos encontramos; anímalos con tu elocuente voz, que estén preparados para la lucha, porque un presentimiento fatal me dice que ha de ser desastrosa.

Cortés mandó hacer alto á su ejército, y ordenó que una avanzada se adelantase à la entrada del valle.

Los batidores volvieron con la noticia de que le tenían ocupado los enemigos, y defendida la entrada por un formidable número de guerreros.

Los mexicanos habían cortado la retirada á los españoles, y ocupaban el llano de Otumba.

Habíanse reunido todos los de las diferentes tribus, y su ejército se componía de más de doscientos mil hombres.

Para animarlos y dirigirlos en la lucha, se hallaba en el centro de las tropas el capitán general del imperio.

Cuatro indios de los más corpulentos le sostenían en un especie de palanquin, y desde allí daba órdenes, que todos obedecían con la mayor disciplina.

Con su diestra empuñaba el estandarte real.

Componíase de una especie de red de oro macizo, pendiente de una pica.

El remate le formaba plumas de diversos colores, y en el centro había preciosamente cincelados algunos jeroglíficos.

Hernán Cortés arengó à sus soldados, y fué tan elocuente su discurso, que no le dejaron acabar.

Todos de nuevo desearon medir sus armas con los mexicanos; todos manifestaron que eran dignos hijos de la patria en donde habían nacido.

El caudillo avanzó al frente del escuadrón, teniendo cuidado de reforzar los costados y de proteger la retaguardia.

Invocó en seguida al apóstol san Pedro, como tenían de costumbre, y cayó con tal fuerza sobre sus enemigos, que de la

primera embestida destrozó à los que defendían la entrada del valle.

Las espadas y las picas no dieron tiempo à los indios à servirse de sus armas.

Cada golpe de los españoles dejaba fuera de combate al que le recibía.

Los tlaxcaltecas se arrojaron como tigres sobre sus contrarios.

Pero no desmayaban por eso los mexicanos.

Retrocedían cuando se acercaban los caballos, y volvían de nuevo à empeñarse en la lucha.

Cortés acudía à todas partes, y con su lanza sembraba el luto y el terror en las filas de los desnudos indios.

Pero en medio de la embriaguez de la pelea, le contristaba las consecuencias que podían sobrevenir.

Las fuerzas de sus soldados se agotarían fatalmente en aquella desesperada lucha, y esto le horrorizaba.

En aquel momento una idea cruzó como un relámpago por su imaginación.

Recordó haber oído referir à los mexicanos que el conservar ó perder el estandarte real decidía sus victorias ó las de sus enemigos.

A partir de aquel instante, todos sus esfuerzos se dirigieron à apoderarse de aquel trofeo de guerra.

Confiaba en el éxito, porque recordaba el pavor que infundían los caballos en los mexicanos.

Llamando à los capitanes Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Alonso Dávila, les comunicó el proyecto que había concebido.

Todos se aprestaron à ayudarle en aquella arriesgada empresa.

Hernán Cortés les ordenó lo que debían hacer, y un momento despues embistieron à media rienda por la parte ménos defendida que conducía al centro del ejército enemigo.

Retiráronse los indios al ver aproximarse los caballos, y án-

tes de que se repusieran de su sorpresa, atropellando à cuantos hallaban al paso, llegaron sin detenerse al paraje en donde se encontraba el capitán general del imperio.

Una vez allí, Hernan Cortés le dió tan terrible lanzazo, que al primer bote le sacó fuera del palanquín, cayendo en tierra y sufriendo una mortal herida.

Un soldado, llamado Juan de Salamanca, que se hallaba cerca del caudillo, se apeó de su caballo, y arrebatando de manos del general de los mexicanos el estandarte, le asestó un golpe que le dejó sin vida, y despues entregó á Cortés aquel trofeo que tanto estimaban sus contrarios.

Era Salamanca persona de calidad, y al regresar á España premió el monarca su hazaña, concediéndole algunas mercedes y autorizándole para que usara en su escudo de armas, como emblema de su valor, el penacho que coronaba el estandarte.

Los mexicanos, al ver en poder de los españoles las insignias de su imperio, abandonaron las armas y corrieron despavoridos á refugiarse en los bosques.

Los fugitivos ocuparon tambien los montes vecinos, y en breve término quedaron los españoles dueños del campo.

Cortés concedió á su ejército dos horas de saqueo.

El botín fué considerable.

Del ejército mexicano murieron más de veinte mil hombres.

Del de Cortés solo murieron tres, y hubo además unos cuarenta heridos y contusos.

El ilustre caudillo recibió una pedrada, que abollando su armadura, le produjo una ligera descalabradura.

Miéntas que los soldados se entregaban al saqueo y registraban à los mexicanos que habian quedado en el campo de batalla, algunos de los fugitivos conversaban en las cumbres de las montañas.

—¿Quién habia de creer, decia uno, que un puñado de aventureros habia de poner en fuga á nuestro formidable ejército?

—Es que su caudillo, decia otro, es un hombre superior. Su ingenio esclavizó el espíritu del gran Moctezuma; su osadía le ha hecho permanecer entre nosotros y mandarnos á pesar nuestro; su fortuna y su valor le acompañan por todas partes, y le hacen más temible que si trajese en su ayuda un ejército tan numeroso como las arenas de la gran laguna.

—Además, que el ejército de Hernan Cortés no es tan insignificante. Forman parte de él los tlaxcaltecas y algunos tezcucanos, y todas estas fuerzas, dirigidas por una voluntad enérgica, han de producir necesariamente fatales resultados para nosotros.

—Luego, exclamaba otro, como son ambiciosos, nada tienen que perder; y como saben que nosotros poseemos inmensas riquezas luchan desesperadamente, y el valor de la desesperacion es el más invencible.

Hernan Cortés, despues de dar gracias á Dios por la nueva victoria que habia alcanzado, dictó las disposiciones convenientes para proseguir la marcha en direccion á Tlaxcala.

De esta manera terminó la célebre batalla de Otumba; una de las páginas más brillantes de la historia de la conquista del Nuevo Mundo, uno de los timbres más gloriosos de la vida del ilustre caudillo, y uno de los más ricos florones de su triunfante corona.